





UN MUERTO DE MENOS



Marisol Tobillas

UN MUERTO DE MENOS



Primera edición: julio de 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Marisol Tobillas

ISBN: 978-84-17362-64-5

ISBN digital: 978-84-17362-65-2

Depósito legal: M-13202-2018

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

«Todo el que puede andar, sabe bailar
Todo el que puede hablar, sabe cantar...»

PROVERBIO INDIO

Todo el que puede hablar, sabe narrar. Pero cuando a las palabras se añade la imaginación volando libre, a sus anchas, las historias y los personajes más variados cobran vida.

Yo lo he hecho y éste es el resultado. Una novela producto exclusivo de mi fantasía. A pesar de ello, no he podido evitar que ciertos personajes y sucesos reales se hayan colado en sus páginas.



Para Roberto.



VITORIA, 7 DE MARZO DE 2008

Me desperté sobresaltada a las tres y media de la madrugada. La luz de un relámpago primero y un trueno lejano después, indicaban que la tormenta que se anunciaba horas antes estaba cediendo. Dos años después de que ocurrieran los hechos que voy a contar, sigo pensando que fue la tormenta la culpable de que yo me viera inmersa en tan extraña aventura. Me costó volver a conciliar el sueño. El resto de la noche la pasé en un continuo duermevela que en principio achaqué a la copiosa cena de despedida de soltero de un compañero de trabajo y a la copa que la siguió. Más tarde acabé convencida de que lo que tanto me intranquilizaba era una vaga sensación incómoda y desagradable que no llegaba a identificar. Mejor dicho, sí hubo un momento en que la relacioné con aquel curioso objeto que recogí junto a un contenedor de basura, de vuelta a casa, a las dos de la madrugada.

El cansancio hizo que al filo del amanecer cayera, por fin, en un profundo aunque corto sueño. Cuando desperté, la luz del día se colaba por las rendijas de la persiana. Miré el despertador.

—¡Dios mío! Las diez de la mañana y encima me duele la cabeza.

Volví a cerrar los ojos y repasé mentalmente la noche anterior. La definí entonces, e incluso también hoy, como una inquietante noche en la que el azar enredó los hilos de mi vida y la de algunos de mis amigos y familiares, con los de gente a la que todavía no conocía e incluso con la de alguien a quien no llegué a conocer: Benito.

La vida es una continua toma de decisiones y cada uno de nuestros actos nos lleva a vivir situaciones diferentes, dependiendo a veces, de algo tan sencillo como un «sí» o un «no». Si diez días antes yo hubiera contestado a la llamada telefónica de mi amiga Mabel con una negativa, esta historia no hubiera tenido lugar. Pero cuando Mabel me dijo que Iker, el joven director de la oficina en la que trabajaba cuando me prejubilé, se casaba y se le iba a hacer una despedida, no lo dudé.

—Claro que voy a ir. Se lo prometí el día en que me despedí de él. No puedo faltar. Y tú ¿qué harás?

—Va a ir mucha gente joven a la que ni tan siquiera conozco, pero si tú vas, yo también —puntualizó Mabel.

Mabel es mi amiga y además ex—compañera de trabajo. Todavía está en activo. Es soltera y desde que me separé, nuestra relación ha ido en aumento. Vivimos en el mismo barrio, muy cerca una de otra, y la noche de la despedida me acerqué a su casa y fuimos juntas al restaurante en mi coche. La cena transcurrió entre risas y bromas. Los mayores contamos anécdotas de nuestra vida laboral y los más jóvenes disfrutaron al enterarse de cómo era el Banco de hace treinta y cinco años. Tras la cena acudimos a un karaoke dispuestos a hacer un poco el ganso. Mabel y yo nos retiramos a una hora prudencial. Demasiadas copas y demasiado baile para dos «maduritas» como nosotras.

Mediaba el mes de marzo pero aquel año la primavera no quería dar signos de proximidad. Por contra, el invierno se empeñaba en demostrar que era él quien todavía imponía su ley. Al salir de la discoteca, una ráfaga de viento helado y agua se estrelló contra nosotras.

—Vaya nohecita ¿eh? Yo creo que en cualquier momento va a empezar a nevar —dije levantando el cuello de mi abrigo.

—¿Sabes que en noches como esta, las brujas se alían con las fuerzas de la naturaleza y puede ocurrir cualquier cosa?

—Vale, Mabel. Cómo se nota tu ascendencia gallega. Busco las llaves del coche y nos vamos a casa cuanto antes.

—Elvira, no es broma. Mi abuela, que era casi bruja, en noches como ésta, nos lo repetía, allá en el pueblo, alrededor de la lumbre.

—Pues, de paso, te podía haber concretado qué se entiende por «cualquier cosa». Igual es «cualquier cosa buena»

Mabel se puso extrañamente seria. Me asusté. De repente tuve la impresión de que fuera lo que fuese, ya había empezado a ocurrir.

Al entrar en el coche, las dos nos dimos cuenta de lo trágicas que nos habíamos puesto. Nos miramos sin decir nada durante dos o tres segundos para, acto seguido, estallar en una sonora carcajada.

La tormenta arreciaba por momentos y las calles se veían vacías. Demasiado vacías para ser viernes y todavía la una de la madrugada. Comentamos que la vida nocturna en Vitoria había caído en picado en relación a nuestros años jóvenes, o quizá es que los jóvenes de ahora no se atrevían a salir con mal tiempo. Al llegar a casa, Mabel se ofreció a acompañarme al garaje y como no tenía paraguas fui con ella hasta su portal, una calle perpendicular a la mía. Y justo al doblar la esquina, tirado junto a los contenedores de basura, los vi.

—Mira, Mabel; alguna comunidad de vecinos ha tirado los buzones viejos a la basura —le dije un tanto extrañada.

—Seguro que ha sido la comunidad del número 99 porque están instalando un ascensor y renovando el portal. Es una de las casas más viejas de la calle. Les hacía falta, la verdad. Conozco a uno o dos vecinos de ese portal y ya son mayores.

Dejé a mi amiga en la puerta de su casa y a la vuelta me paré a pensar un momento. Una idea había empezado a rondar por mi cabeza. Ese bloque de diez buzones quedaría estupendo en la casa que mi hermana tenía en el pueblo. Era una casa vieja que compraron ella y su marido hace ya algunos años y poco a poco mi cuñado, que es un «manitas», la había ido arreglando y decorando hasta convertirla en una casa rústica, acogedora y francamente bonita.

Ahora estaba acondicionando una cabaña anexa a la casa para que hiciera las veces de garaje y almacén.

—Pues, ¡claro! —pensé casi en voz alta—. Si coloca los buzones en la pared de la cabaña pueden servir como cajas de herramientas. Y sin pensármelo dos veces cargué con ellos y me los llevé; ya los estaba viendo: 1° izquierda: CABLES, 1° derecha: TORNILLOS...

Al llegar a casa los dejé en la cocina, apoyados contra la pared, debajo de la ventana y no me entretuve más tiempo con ellos ya que tenía ganas de irme a la cama. Al día siguiente tendría que limpiarlos bien y llamar a mi hermana para contarle la genial idea. Mientras me desmaquillaba pensé que mejor sería llamar a mi cuñado. Mi hermana era un poco sosa y lo mismo me decía que me los quedase yo. Pero mi cuñado era distinto. Era un tipo divertido y le gustaban las cosas originales, diferentes. Toda la casa de Valdegovía la tenía decorada con objetos que encontraba en rastrillos, anticuarios o en las casas de los vecinos del valle. La gente de los pueblos no daba valor, muchas veces, a los objetos antiguos y los tenían abandonados y medio rotos en sobrados y cabañas.

A punto de volverme a quedar dormida con todos estos pensamientos, una ligera sensación de hambre me hizo abandonar la cama, así que haciendo un esfuerzo me levanté y fui directamente a la cocina. Lo primero era desayunar y luego habría que ir pensando en arrancar el día... en fin, echarle un poco de ganas a la vida, unas ganas que de momento no tenía. Para ser clara, sufría los efectos de una pequeña resaca.

RIBERA DE VALDEREJO, VERANO DE 1925

Benito, sentado en el alto de la iglesia se extasió ante el ir y venir de las caóticas olas de un mar amarillo que, a falta de playa, iban a morir junto a las casas del pueblo a las que parecía querer tragar aquella especie de marea viva plena de espigas, cuya profundidad se medía por la altura de las cañas del trigo y la cebada. El viento que bajaba en tromba desde los altos montes de Arcena, silbaba en sus oídos dejando un poso parecido al tañido de las campanas la víspera de las fiestas. Era el anuncio de un día nuevo, diferente y nunca vivido por él hasta ahora. Mañana, aquella sierra que ejercía de muralla entre él y el resto de mundo, iba a dejar de ser su único horizonte. Mañana, vería amanecer lejos del pueblo, a bordo del camión del señor Agapito, el tratante de ganado.

Para explicar el motivo del viaje tenía que retroceder dos semanas en sus pensamientos: era lunes y aproximadamente las cuatro de la tarde y se encontraba con otros críos del pueblo, apacentando el ganado en las campas de la falda del Vallegrul, cuando «El Rubio» empezó a respirar con dificultad. Entre todos consiguieron llevarlo a casa y su padre corrió a avisar al veterinario de Gurendes. Vio al sanador de bueyes menear la cabeza en un gesto claro de negación.

—Es un buey viejo, Felipe. Como a todos, le ha llegado su hora.

Pero él no quiso darse por vencido. Durante toda la noche no se separó de su grande y buen amigo. Le habló de las tardes de

verano cuando le espantaba las moscas con una rama de avellano y de las de invierno cuando le soltaba e iban juntos pisando nieve, a beber agua al pilón, convencido de que volverían a hacerlo otra vez. Luego se quedó dormido, agarrado a su descomunal cuerno y apoyado en su enorme cabezota. Cuando despertó al filo del amanecer, «El Rubio» ya no respiraba.

—No te agobies por el dinero —dijo Eugenio, el presidente de la Minada, a su padre—. Para eso estamos. Hoy te toca a ti, mañana a cualquier otro.

¡Gran cosa la Minada! A muchos labradores ayudó en aquellos años de extrema pobreza, la sociedad de ayuda mutua. Al acabar la cosecha, todos los vecinos donaban una fanega de trigo para quien lo pudiera necesitar a lo largo del año. También dinero para que en casos como el que ellos vivían ahora, se les pudiera prestar para comprar un animal de trabajo. Además, si hacía falta, todos por turnos trabajaban para el vecino necesitado. Una vez al año, sacaban el ganado a la plaza y se pasaba una inspección veterinaria. No se consentía ni un solo animal maltratado, desnutrido o enfermo. Si así ocurría se daba un aviso y un plazo al dueño del animal para enmendar la situación bajo amenaza de expulsión de la Minada.

—Cuando cobres el cereal en septiembre, devuelves lo que puedas y el resto, poco a poco.

Y así lo haría su padre. Devolvería todo el dinero sin regatear, sin trampas, agradecido de no tener que endeudarse con alguno de los caciques del valle. Estos no tenían piedad; si no se les devolvía el dinero en el plazo establecido y con unos intereses desmedidos, se quedaban con todo. Así habían acumulado tantas tierras y riquezas.

Era la primera vez que hacía un viaje tan largo. Nunca olvidará la impresión que le causó la capital; las calles, las casas, la gente, los coches, los restaurantes... sobre todo, los restaurantes. Aparcaron el camión en la Plaza de los Carros y desde allí fueron andando hasta la Plaza del Ganado. Tras un largo regateo y cuando el señor Agapito consideró que era un buen precio, compraron el buey.

Fueron después a comer al restaurante La Paca, allí mismo, en la calle Francia. La camarera les ofreció diferentes platos y pudo elegir el que más le gustó. De vuelta a casa se lo contaría a la madre:

—Si usted hiciese dos cosas para elegir, yo no comería siempre patatas.

Su madre se lo quedó mirando y Benito nunca olvidaría esa mirada. En aquellos ojos, dulces como la miel, asomó una expresión desconocida para él. ¿Era pena? ¿Tal vez envidia? Más bien parecía una disculpa, como si su madre quisiera pedirle perdón. No supo interpretar su mirada. Ni ese día ni nunca porque no consiguió olvidarla durante el resto de su vida.

Después de comer, mientras el señor Agapito se encargaba de cargar en el camión el nuevo buey, su padre le preguntó si quería ver un tren. Ya los había visto dibujados en el cuaderno de la escuela, pero verlo al natural fue tan alucinante que al regresar al pueblo no sabía cómo describirlo: grande, de hierro, resopla, echa humo, pita y cabe mucha, muchísima gente.

—¿Sabéis lo mejor? —dijo a sus amigos—. El tren iba a San Sebastián. ¡Al mar! ¿Os imagináis poder ver el mar?

Todos permanecieron callados, mirándole con los ojos abiertos como platos. Miradas fijas, perdidas en algún recodo luminoso de un camino llamado futuro. En sus mentes juveniles asomaban ya sueños que hablaban de una vida mejor.

—Cuando yo sea mayor me iré a trabajar a San Sebastián —concluyó orgulloso.

Camino de casa, Antonino, su mejor amigo, le hizo una confesión.

—Yo no me conformaré con ver el mar. Yo lo cruzaré. Me iré a vivir a Argentina con mi hermano Francisco. ¿Quieres que volvamos a leer sus cartas?

San Sebastián, 9 de febrero de 1921

Queridos padres y hermanos:

Espero que al recibo de ésta se encuentren bien así como yo, gracias a Dios.

He sido destinado al cuartel de Pontoneros Minadores de San Sebastián y aquí estaré hasta que jure bandera. Luego, según nos han dicho, seremos destinados a África [...].

Dejaron de leer y pasaron a la siguiente, la que más les gustaba.

Melilla, 16 de noviembre de 1921

Queridos padres y hermanos:

Espero que al recibo de ésta (...)

El 16 de agosto embarqué en Barcelona con el Segundo Batallón Expedicionario, a bordo del vapor Romeu, rumbo a Melilla, donde toda la tropa estaba bajo el mando del general Sanjurjo. El primer destino fue el 23 de agosto, cuando me asignaron al Regimiento Extremadura, y bajo el mando del general hemos construido varios blocaos y posiciones, siempre bajo el fuego de fusiles y cañones enemigos. El día 16 de septiembre, al mando del general Berenguer establecimos una posición en Dar Hamet donde tuvimos muchas bajas. Al día siguiente tomamos Nador. Fue todo un éxito y aunque nos dieron comida y bebida especiales no nos sentimos mejor. Creíamos que ver morir a tantos compañeros era lo más duro que nos podía tocar vivir. Pero estábamos equivocados. El mes de octubre ha sido todavía peor. Después de que el día 10 participáramos en la toma del monte Gurugú con el general Fresneda, el día 24 nos llevaron al monte Arruit. Tuvimos que recoger los cuerpos, mejor dicho, lo que quedaba de ellos, pues habían sido comidos por los buitres, de casi tres mil soldados españoles que habían sido masacrados por los rifeños de Abd—el—Krim en los desgraciados sucesos de agosto y que nadie había sepultado desde entonces (...).

Dejaron de leer. Cada vez que lo hacían su imaginación se desbordaba y emprendían un viaje fantástico lleno de aventuras y pe-

ligros por las lejanas tierras africanas. Como aquel día que armados con un palo, convertido en fusil, decidieron tomar el fuerte capitaneado por Abd—el—Krim, es decir, la iglesia. Subieron la loma sobre la que se asienta el templo, ora escondiéndose tras los arbustos, ora parapetándose tras unas piedras, al grito de ¡Ríndete Aldecrín, cobardel! ¡Sal para que te demos tu merecido! ¡Te vamos a matar, Aldecrín!

Una tarde de calor sofocante de primeros de julio a la hora de la siesta, un mendigo de los que solían recorrer los pueblos del valle, Marcos, alias «Palote», se encontraba descansando en el pórtico de la iglesia, al fresco que ofrecían las viejas piedras a la sombra del románico. Acostumbrado como estaba a que la chiquillería no le dejara en paz, no dudó ni por un momento de que se dirigían a él. Marcos «Palote» era un hombre alto, delgado, de tez renegrida y reseca de una vida a la intemperie. Vestía alpargatas negras, un pantalón y una camisa, que sin duda, habían pertenecido a un hombre dos veces más gordo que él. El pantalón sujeto con cuerdas. La camisa suelta y desgarrada. Su voluminoso pelo blanco enmarcaba y resaltaba todavía más la cara negra y arrugada.

Cuando los dos amigos levantaron la mirada y lo vieron en jarras y amenazante en lo alto de la escalera del pórtico, a pesar del calor de la tarde, la sangre se les heló en la venas. No vieron las alpargatas negras sino babuchas moras. Aquel hombre no vestía pantalón y camisa flojos sino una chilaba que el viento batía y el abultado pelo del hombre se les antojó un turbante blanco. Tardaron unos segundos en reaccionar pero cuando por fin lograron despegar los pies del suelo, pues los tenían clavados, no había nada que los hiciera parar. Corrían, cuesta abajo, por las empedradas calles del pueblo gritando despavoridos.

—¡Socorro! ¡Aldecrín está aquí! ¡Ha venido a matarnos a todos! ¡Aldecrín está aquí! ¡Aldecrín! ¡Aldecrín!

La gente que a esas horas estaba echando la siesta, empezó a abrir las ventanas para ver qué ocurría. Los perros comenzaron a

ladrar: primero uno, luego dos, tres, hasta que todos se unieron en un solo coro alarmado y nervioso.

Cuando llegaron a casa de Antonino vieron a su padre salir corriendo hacia ellos gritando asustado:

—¿Qué os pasa, qué os pasa? —preguntaba.

En ese momento apareció «Palote» esgrimiendo su largo cayado.

—Aldecrín, Aldecrín —gritaban los chavales, ya sin resuello.

—¡Palote! —gritó el padre de Antonino—. ¡Cagüen diez! ¿Por qué no dejas de meterte con los críos? Un día vas a hacer daño a alguno y me voy a tener que acordar de tu puñetera madre.

—¡Cagüen sos! Que esta vez se lo han ganado—se defendía Palote—. En mi vida me han llamado de todo pero aldecrín, nunca. ¿Qué es un aldecrín? Esto no lo voy a consentir. ¿Qué es un aldecrín?

—Un aldecrín no existe, Palote. Olvídalo. —Y dirigiéndose a los dos amigos, el padre de Antonino les prohibió volver a leer las cartas de Francisco y el jugar a matar moros.

Pero no por eso dejó Francisco de ser un héroe para ellos. Lo licenciaron en 1923 y al año siguiente emigró a América. No pudo soportar ver cómo otra vez eran llevados los mozos a morir a África, víctimas del capricho de los militares y para beneficio de los ricos. No eran los hijos de estos los que iban a luchar. Cuando uno de ellos tenía la mala suerte de ser llamado a filas, sus padres, por un puñado de reales, lo cambiaban por el hijo de algún pobre que había tenido la suerte de librarse. Acosados por las deudas que contraían para poder pagar las rentas de la tierra o para comprar animales de labranza o simplemente para dar de comer a la familia, esta pobre gente se veía obligada a «vender» a sus hijos. Y harto de esta situación emigró a Argentina.

Benito no se acuerda del día en que Francisco marchó a la guerra. Solo tenía cinco años. Pero sí del día que marchó a América. Fue un día triste. La madre no cesaba de llorar. Lo acariciaba una y otra vez recorriendo su cara con sus dedos ásperos y cansados

de tanto trabajar, como si quisiera dejar grabadas en sus yemas las facciones del hijo al que sabía que ya nunca volvería a ver. También sus hermanos lloraban. Hasta el padre lloró, pero a escondidas, como si le diese vergüenza... ¿Qué vergüenza podía haber en despedir a un hijo que marchaba a emprender una nueva vida? La vergüenza hubiera sido recibir 1.200 pesetas a cambio de enviarlo a morir.

Antonino echaba de menos a su hermano mayor, por eso quería ir con él. Lo tenía tan claro como él tenía lo de ir a San Sebastián.

Y así fue, o así lo intentaron, aunque tuvieron que esperar algunos años más. Tanto ellos como el resto de chavales acabaron abandonando la aldea. Las casas se cerraron, los campos quedaron baldíos y un olvido espeso como la niebla, se cierne desde entonces sobre las ruinas de Ribera de Valderejo.